**LAS UVAS**

*seis años después*



Papá le pasó el cuchillo a Esperanza. La hoja era corta y curvada como una guadaña. La gruesa empuñadura de madera se ajustaba perfectamente a la palma de su mano. Esa tarea se reservaba normalmente para el hijo mayor de un ranchero adinerado, pero como Esperanza era hija única, y el orgullo y la dicha de Papá, siempre hacía los honores. La noche anterior había visto a Papá afilar el cuchillo, pasando el filo hacia delante y hacia atrás sobre una piedra, así que sabía cortaba como una navaja .

—Cuídate los dedos—dijo Papá.

El sol de agosto prometía una tarde seca en Aguascalientes, México. Todos los que vivían y trabajaban en El Rancho de las Rosas se habían reunido junto a los viñedos: la familia de Esperanza, el servicio doméstico del rancho con sus largos delantales blancos; los rancheros montados en sus caballos, listos para arrear el ganado, y cincuenta o sesenta campesinos, con sombreros de paja en la mano y sosteniendo sus propios cuchillos. Llevaban camisas de manga larga, pantalones anchos atar dos con una cuerda a los tobillos y pañuelos en la frente y el cuello para protegerse del sol, el polvo y las arañas. Por su parte, Esperanza llevaba un ligero vestido de seda que le llegaba casi hasta el borde de sus botas de verano y no tenía sombrero. En la cabeza llevaba un lazo ancho de satén cuyos extremos le caían sobre su largo cabello negro. Los racimos maduros se apiñaban en las cepas. Ramona y Sixto Ortega, los padres de Esperanza, estaban a su lado. Mamá, delgada y elegante, como siempre, con el cabello trenzado sobre la cabeza ; Papá, apenas un tantito más alto que Mamá, con un bigote canoso con los extremos levantados. Le señaló las vides a Esperanza. Esta se dirigió hacia las parras y cuando miró hacia atrás, a sus padres, ambos sonrieron y asintieron con la cabeza, animándola a seguir. Cuando llegó a las cepas, separó las hojas y agarró con cuidado un tallo grueso. Colocó el cuchillo encima, hizo un movimiento rápido y el pesado racimo de uvas cayó en su mano. Esperanza volvió adonde estaba Papá y le dio el racimo. Papá lo besó y lo sostuvo en alto para que todos lo vieran.

—¡La cosecha! —dijo Papá.

—¡Bravo, bravo! —retumbó un grito de alegría.

Los campesinos se dispersaron por el campo y empezaron a recoger la uva. Esperanza se quedó con sus papás, entrelazó sus brazos con los de ellos y se quedó a admirar la labor de los trabajadores.

—Papi, esta época del año es mi favorita —dijo mientras miraba las camisas de colores de los trabajadores que se movían entre las parras. Las carretas iban y venían de los viñedos a los enormes depósitos donde se guardaban las uvas para llevarlas al lagar.

—¿Será que cuando termine la vendimia alguien cumplirá años y habrá una gran fiesta? —preguntó Papá.

Esperanza sonrió. Cuando los viñedos rendían la cosecha, ella cumplia un año más. Esta vez cumpliría 13. La vendimia duraría tres semanas y luego, como todos los años, Mamá y Papá organizarían una fiesta por la cosecha y por su cumpleaños.

Marisol Rodríguez, su mejor amiga, vendría con su familia para la celebración. Su padre cultivaba árboles frutales y vivía con su familia en la propiedad de al lado. Aunque las casas estaban a varios acres de distancia, ellas se reunían todos los domingos bajo la encina de una colina que había entre los dos ranchos. Sus otras amigas, Chita y Bertina, también vendrían a la fiesta, pero vivían más lejos y Esperanza no las veía tan a menudo. Las clases en el colegio San Francisco no empezaban hasta después de la cosecha, y Esperanza se moría de ganas de verlas. Cuando se juntaban todas, hablaban sólo de una cosa: las fiestas de quinceañeras que celebrarían al cumplir 15 años para presentarse en sociedad. Todavía les faltaban dos años, pero tenían que hablar de los lindos vestidos de fiesta blancos que llevarían, de las grandes fiestas a las que irían y de los hijos de las familias más ricas que bailarían con ellas. Después de la fiesta de quinceañeras ya podrían ser cortejadas, casarse y convertirse en las patronas de su hogar, llegando así a la posición que sus madres ocuparon antes que ellas. Sin embargo, Esperanza prefería pensar que ella y su futuro marido vivirían siempre con Mamá y Papá. Porque no podía imaginarse viviendo en otro lugar que no fuera El Rancho de las Rosas, ni con menos empleados, ni sin estar rodeada de la gente que la adoraba.

La cosecha duró tres semanas y todo el mundo esperaba ansioso la fiesta de cumpleaños. Esperanza recordó las instrucciones de Mamá mientras recogía rosasdel jardín de Papá:

—Mañana debe haber ramilletes de rosas y cestas con uvas en todas las mesas.

Papá había prometido encontrarse con ella en el jardín y siempre cumplía su palabra. Se agachó para cortar una rosa roja completamente abierta y se pinchó con una espina. De la punta del pulgar brotaron grandes perlas de sangre y automáticamente pensó “mala suerte”. Rápidamente se envolvió el pulgar con la esquina del delantal y decidió no seguir pensando tonterías. Luego cortó con cuidado la rosa que la había herido. Al mirar hacia el horizonte, vio desaparecer el último rastro del sol detrás de la Sierra Madre. Pronto caería la noche y un sentimiento de intranquilidad y preocupación la invadió.

¿Dónde estará Papá? Se había marchado por la mañana temprano con los rancheros a trabajar con el ganado. Siempre volvía a casa antes del anochecer, lleno de polvo por las plantas de mezquita, y pateaba con fuerza el suelo del patio para quitar la costra de tierra de sus botas. A veces incluso le traía cecina, carne seca hecha por los rancheros, y Esperanza tenía que encontrarla rebuscando en sus bolsillos, mientras él la abrazaba.

Al día siguiente era su cumpleaños y sabía que al anochecer le darían una serenata. Papá y los hombres que vivían en el rancho se juntarían bajo su ventana para cantarle *Las mañanitas* con sus voces melodiosas. Ella correría a la ventana para lanzarles besos a Papá y a los demás y luego bajaría para abrir sus regalos. Sabía que Papá le regalaría muñeca de porcelana. Desde que nació, todos los años le regalaba una. Mamá le regalaría algo que ella misma había hecho: sábanas, camisolas o blusas con preciosos bordados. Las sábanas siempre las guardaba en el baúl que había a los pies de su cama para “algún día”.

El pulgar de Esperanza no dejaba de sangrar. Recogió la cesta de rosas y corrió al jardín. Se detuvo en el patio para lavarse la mano en la fuente de piedra. Mientras el agua la aliviaba, miró por las enormes puertas de madera que se abrían ante los miles de acres de tierra de Papá.

Esperanza forzó la vista para buscar una nube de polvo que anunciara que los jinetes se acercaban y Papá por fin volvía a casa, pero no vio nada. Bajo la luz del crepúsculo, cruzó el patio y fue a la parte posterior de la enorme casa de adobe y madera. Allí encontró a Mamá que también miraba hacia el horizonte.

—Mamá, mira mi dedo. Me pinché con una espina malvada —dijo Esperanza.

—Mala suerte —dijo Mamá, confirmando la superstición, pero esbozando una sonrisa. Ambas sabían que la mala suerte no pasaba del simple hecho de volcar una jarra con agua o romper un huevo Mamá abrazó a Esperanza por la cintura y ambas pasaron la vista por los corrales, establos y cuarteles de los empleados dispersos en la distancia. Esperanza era casi tan alta como Mamá y todo el mundo decía que algún día sería tan linda como ella. A veces, cuando Esperanza se trenzaba el cabello, se lo ponía sobre la cabeza y se miraba en el espejo, se daba cuenta de que lo que decían estaba muy cerca de la verdad. Tenía el mismo cabello negro ondulado y tupido. Las mismas pestañas oscuras y la piel clara y tersa, pero no tenía exactamente el mismo rostro de Mamá porque también tenía los ojos de su papá, que parecían gruesas almendras de color café.

—Sólo se ha demorado un poco —dijo Mamá. Esperanza lo creyó, pero reprendió mentalmente a su papá.

—Mamá, anoche los vecinos le avisaron que había bandidos.

Mamá asintió y se mordió el labio con preocupación. Ambas sabían que aunque estaban en 1930 y la revolución en México había terminado 10 años atrás, todavía había cierto resentimiento contra los grandes propietarios de tierras.

—El cambio no llegó tan rápido como debía, Esperanza. Los ricos todavía son propietarios de la mayor parte de las tierras, mientras que los pobres no tienen ni un pedazo para cultivar. Mientras en los grandes ranchos el ganado está pastando, algunos campesinos no tienen más remedio que comer gatos. Papá comprende la situación y les ha dado tierras a muchos de sus trabajadores. La gente lo sabe.

—Pero, Mamá, lo sabrán los bandidos?

—Eso espero —dijo Mamá en voz baja—. Ya envié a Alfonso y a Miguel a buscarlo. Esperemos adentro.

El té estaba listo en el estudio de Papá y Abuelita también estaba allí.

—Venga, mi nieta dijo Abuelita, que sostenía hilo y ganchos de tejer—. Estoy empezando una nueva manta y te enseñaré el zigzag.

Abuelita vivía con ellos y era una versión más chica, más anciana y más arrugada de Mamá. Tenía un aspecto muy distinguido con su vestido negro, los aretes de oro que se ponía todos los días y el pelo blanco recogido en un moño sobre la nuca. Pero Esperanza la quería más por sus caprichos que por su apego a los convencionalismos sociales. Abuelita podía ofrecer en la tarde un té formal a un grupo de señoras y después, cuando se iban, la podían encontrar caminando descalza entre las uvas con un libro en la mano, leyendo poemas a los pájaros. Aunque algunas cosas siempre eran igual, como el pañuelo bordado que siempre asomaba por una manga de su vestido, otras cosas eran sorprendentes: una flor en su cabello, una linda piedra en el bolsillo o un pensamiento filosófico en su conversación. Cuando Abuelita entraba en una habitación, todo el mundo se esforzaba para que estuviera cómoda. Incluso Papá le cedía el asiento.

Esperanza se quejó.

—¿Es que lo único que podemos hacer para quitarnos la preocupación de la mente es tejer?

De todas formas se sentó junto a Abuelita, sintiendo el olor siempre presente del ajo, la menta y los polvos para la cara.

—¿Qué te pasó en el dedo? preguntó . Abuelita.

—Me pinché con una espina dijo Esperanza.

Abuelita meneó la cabeza y dijo pensativa: No hay rosa sin espinas. Esperanza sonrió. Sabía que Abuelita no se refería a las flores sino a que en la vida siempre había dificultades.

Miró el gancho de tejer bailando de arriba a abajo en la mano de su abuela. Cuando le caía un cabello en el regazo, Abuelita lo recogía y lo tejía junto con el hilo.

—Esperanza, de esta manera mi amor y mis buenos deseos estarán siempre en la manta. Ahora, mira: diez puntos arriba hasta la cima de la montaña. Suma un punto. Nueve puntos abajo hasta el fondo del valle. Salta uno.

Esperanza tomó su gancho de tejer, imitó los movimientos de Abuelita y luego miró lo que había tejido. Las cimas de sus montañas estaban torcidas y los fondos de los valles, abultados.

Abuelita sonrió, se inclinó y tiró del hilo, deshaciendo todas las hileras de Esperanza.

—Nunca temas empezar de nuevo —dijo.

Esperanza suspiró y comenzó de nuevo con diez puntos.

Canturreando bajito, Hortensia, el ama de llaves, entró con un plato de bocadillos. Le ofreció uno a Mamá.

—No, gracias —dijo Mamá.

Hortensia dejó la bandeja, trajo un chal y lo echó sobre los hombros de Mamá. Esperanza no recordaba nunca un momento en el que Hortensia no hubiese estado para cuidarlos. Era una indígena zapoteca de Oaxaca, bajita, maciza, con el cabello negro azulado recogido en una trenza que le caía por la espalda. Esperanza observó a las dos mujeres que miraban hacia la oscuridad y no pudo evitar pensar que Hortensia era casi lo opuesto de Mamá.

—No se preocupe tanto —dijo Hortensia. Alfonso y Miguel lo encontrarán.

Alfonso, el marido de Hortensia, era el capataz de los trabajadores y el compañero de Papá, su mejor amigo. Tenía la piel igual de oscura que Hortensia y también era bajito. Esperanza pensaba que con sus ojos redondos, sus largas pestañas y el bigote caído parecía un cachorro abandonado. Sin embargo, no era una persona triste. Amaba la tierra tanto como Papá y ambos habían conseguido resucitar la rosaleda abandonada que tenía la familia desde hacía generaciones. El hermano de Alfonso trabajaba en Estados Unidos y Alfonso siempre hablaba de ir allá algún día, pero se quedaba México por su apego a Papá y a El Rancho de las Rosas.

Miguel era el hijo de Alfonso y Hortensia. Él y Esperanza jugaban juntos desde que eran bebés. A los dieciséis años ya era más alto que sus papás. Tenía la piel oscura, los ojos grandes y soñadores de Alfonso y gruesas cejas que Esperanza pensaba que crecerían hasta convertirse en una sola. Era cierto que él conocía las partes más alejadas del rancho mejor que nadie. Desde que Miguel era un niño, Papá lo había llevado a sitios de la hacienda que ni Esperanza ni Mamá conocían.

Cuando era más chica, Esperanza siempre se quejaba: .

—¿Por qué siempre va él y no yo?

Y Papá decía: .

—Porque él sabe componer cosas y, además, está aprendiendo su oficio.

Miguel la miraba y antes de marcharse a caballo con Papá le sonreía burlón. Pero era verdad lo que decía Papá, Miguel tenía paciencia y fuerza y se las arreglaba para componer cualquier cosa, desde arados hasta tractores, y especialmente cosas con motor.

Varios años atrás, cuando Esperanza todavía era pequeña, Mamá y Papá hablaban de los niños de las “buenas familias" a los que Esperanza conocería algún día. No podía imaginarse que le buscaran como pareja a alguien que no conocía, así que anunció:

—¡Me casaré con Miguel!

—Cambiarás de opinión cuando crezcas —dijo Mamá riéndose de ella.

—No, no cambiaré de opinión —respondió Esperanza, obstinada.

Pero ahora que era una jovencita comprendía que Miguel era el hijo del ama de llaves y ella era la hija del dueño del rancho, y entre ellos corría un profundo río. Esperanza estaba en una orilla y Miguel en la otra, y ese río no podía cruzarse. En un momento de vanidad, Esperanza le dijo todo esto a Miguel. Desde entonces, él le hablaba muy poco. Cuando se cruzaban, él la saludaba con la cabeza y le decía muy cortésmente mi reina, pero nada más. Ya no bromeaban ni se reían ni hablaban de cosas sin importancia. Esperanza hacía como que no le importaba, pero en secreto deseaba no haberle hablado a Miguel de las orillas del río.

Distraída, Mamá paseaba frente a la ventana, haciendo un ruido sordo cada vez que daba un paso sobre las losetas.

Hortensia encendió las lámparas

Los minutos se convirtieron en horas.

—Oigo caballos —dijo Mamá y corrió a la puerta.

Pero eran tío Luis y tío Marco, los hermanastros mayores de Papá, Tío Luis era el presidente del banco y tío Marco era el alcalde de la ciudad. A Esperanza no le preocupaba lo importantes que fueran, porque no le gustaban. Eran serios y tristes, con la barbilla siempre muy alta. Tío Luis era el mayor y tío Marco, unos años más joven y menos listo, siempre seguía a su hermano, como si fuera un burro. Aunque tío Marco era el alcalde, hacía todo lo que tío Luis le decía. Los dos eran altos y flacos, con pequeños bigotes y pequeñas perillas blancas. Esperanza sabía que a su mamá tampoco le gustaban, pero siempre era amable con ellos porque era la familia de Papá. Mamá incluso organizó fiestas en la casa para tío Marco cuando éste se presentó como candidato a alcalde. Ninguno de los dos estaba casado y Papá decía que era porque amaban el dinero y el poder más que a la gente. Esperanza pensaba que era porque parecían dos chivos mal alimentados.

—Ramona —dijo Tío Luis, parece que tenemos malas noticias. Uno de los rancheros nos trajo esto.

Le dio a mamá la hebilla de plata del cinturón de Papá, un objeto único que tenía grabada la marca del rancho.

Mamá se puso pálida. La examinó volteándola una y otra vez con la mano.

—Quizás no signifique nada dijo. Luego, ignorándolos, se volvió hacia la ventana y empezó a pasear de nuevo agarrando la hebilla.

—Esperaremos contigo en estos momentos difíciles dijo tío Luis y al pasar junto a Esperanza le dio un suave golpecito en el hombro.

Esperanza se quedó mirándolo. En toda su vida no podía recordar el menor gesto de acercamiento. Sus tíos no eran como los tíos de sus amigos. Nunca le hablaban, ni jugaban con ella ni bromeaban. De hecho, actuaban como si Esperanza no existiera. Y

por esa razón, la repentina amabilidad de tío Luis le hizo estremecerse de miedo por Papá.

Abuelita y Hortensia empezaron a encender velas y a rezar oraciones para que los hombres volvieran sanos y salvos a casa. Mamá, con los brazos cruzados sobre el pecho, paseaba de un lado a otro frente a la ventana, sin quitar la vista de la oscuridad. Intentaron pasar el tiempo con una conversación intrascendente, pero las palabras fueron desapareciendo hasta convertirse en silencio. Los sonidos de la casa parecían intensificarse: el tic tac del reloj, una tos o el tintineo de una taza de té.

—Esperanza peleaba con los puntos. Trataba de pensar en la fiesta y en todos los regalos que recibiría al día siguiente. Intentó pensar en los ramilletes de rosas y las cestas de uvas que habría en cada mesa. Intentó pensar en Marisol y las otras chicas,

riéndose y contándose historias. Pero esos pensar mientos duraban en su mente sólo un momento antes de transformarse en preocupación. No dejaba de sentir el dolor punzante en el pulgar, donde la espina había dejado su marca de mala suerte.

Ya no quedaba nada en los candelabros excepto pequeños pedazos de cera, cuando mamá dijo:

—¡Veo una luz! ¡Alguien viene!

Corrieron al patio y vieron una luz a lo lejos, un pequeño faro de esperanza que oscilaba en la oscuridad.

Vieron la carreta. Alfonso llevaba las riendas y Miguel el farol. Cuando la carreta se detuvo, Esperanza vio un cuerpo en la parte de atrás, completamente cubierto con una manta.

—¿Dónde está Papá? —gritó.

Miguel hundió la cabeza. Alfonso no dijo nada, pero las lágrimas que corrían por sus mejillas confirmaban lo peor.

Mamá se desmayó.

Abuelita y Hortensia corrieron a su lado.

Esperanza sintió que se le partía el corazón. De su boca salió un sonido que creció lentamente hasta convertirse en un grito de dolor. Cayó de rodillas y se hundió en un agujero negro de desesperación e incredulidad.